

Relato

O de oso, h de hilo dijo la maestra

Gregorio Valera-Villegas¹

Me haces muchas preguntas a la vez, para las cuales no estoy seguro de tener respuestas. Una de ellas me traslada a esa que llaman la escuela del ayer que no es tan de ayer, tan inactual, tan pasada de moda como quien dice. No la desmerezco, sabes, ella no estaba tan mal como se afirma tan tajantemente, tenía muchas cosas buenas que es necesario volver a pensarlas con aires nuevos. ¿El profesor debería ser más libre en la escuela? Me preguntas... Y sí, claro que sí, muy libre para crear e inventar cosas, para hacer cosas con palabras y palabras con las cosas, junto a sus estudiantes.

Retrocedamos en la memoria ¿para qué, te preguntarás? Para tender una mirada a la escuela de ayer desde la de hoy. Tendremos que otear el horizonte, subir más alto para ver más lejos. La distancia en el tiempo nos aguarda, la memoria se hace a la mar de los tiempos cercanos y lejanos desde el aquí y el ahora. La tablilla del recuerdo en sus dos mitades se unirá una vez más en el símbolo del reconocimiento. Tierra y mundo dirá el filósofo alemán. El aula y su mobiliario, los útiles escolares, la biblioteca, la esfera, los mapas... Y el inmanitable pizarrón, la cátedra de la maestra un tanto desvencijada con los años. Merece la pena que la visitemos otra vez, porque, más que nostalgia, toda ella está en ese ahora ya no, definiendo nuestra existencia, nuestro yo, nos-otros. Es toda entera una herencia recibida, una escuela en la que esté presente y sea distinta a la vez. Ella, la de ayer, se conjuga con la de hoy para hacerse en un tiempo propio, de cada uno.

¿Y crees que vale la pena recorrer todo ese trayecto? ¿Por qué no hacemos borrón y cuenta nueva? La voz femenina volvió a escucharse por entre las paredes de la sala. La respuesta vino de inmediato... Muy simple, ella no se ha ido, está aquí, a pesar de todas las cosas negativas que se han dicho, suerte de árbol caido del que todo el mundo ha hecho leña. De esa escuela podemos aún heredar unos valores, heredar unas vías para transitar y alcanzar unas virtudes, las cardinales, que no se han ido, que no puedenirse. Puede servirnos de ejemplo, y de ella recibir enseñanzas que no conviene abandonar, aunque la nueva nos aturda con sus consignas, sus sirenas y sus sofisticados útiles del aprender eficaz.

Por eso, recorramos los caminos polvorrientos de la memoria. Cabalgaremos por ellos con el pretexto, algunas veces de responder las preguntas de la señora que me interroga acuciosamente. ¿Y qué hay del castigo escolar? Preguntó una vez más la voz de mujer. No

¹ Escritor y profesor de filosofía. Entre sus obras literarias publicadas pueden señalarse: Del habla, del silencio, del otro. Cuaderno de Poesía. Caracas, Ediciones del CDCHT de la Universidad Simón Rodríguez, 2006; Tiempo Inerte y otros relatos, Caracas, Ediciones Del Solar, 2009; En la hora final y otros relatos. Caracas, Ediciones Del Solar, 20012; Cuerpo, memoria y olvido. Cuaderno de poesía II. Caracas, Ediciones Del Solar, 20012. Mina, papel y fuego (novela). Caracas, Ediciones Del Solar, 20016. Correo electrónico: gregoriovalevilles@gmail.com

me dirá que no existió, que son habladurías... No hay que perder de vista el contexto histórico, su horizonte, para poder comprenderlo mejor desde aquí. Le cuento esta anécdota.

-Sí, doña Juana, el zamuro es una bruja que come carroña durante el día.

-¿Estás seguro?

-Claro que sí maestra, estoy muy seguro, anoche vi a una en el techo de casa.

Un día difícil aquél, porque para mi maestra aquella respuesta significaba creer en la brujería y negar a Dios, nuestro Señor Jesucristo. Como consecuencia del error recibí una nota negativa y la realización, como castigo, de una plana escolar que consistía en escribir veinticinco veces la frase: El zamuro es un animal que come carroña, en el cuaderno de apuntes.

¡Ay, aquellos días de escuela!... Del ¡Buenos díiiías señoorita! Para saludar el ingreso de la maestra al salón, hasta el timrazo frío y cortante anunciando el final de la clase. A media mañana el recreo, comer y jugar de la campana al timbre. Jugábamos a la rayuela, al arroz con leche, al trompo, a las metras y también, algunas veces, a la perinola o boliche. Cosas que pasaron, cosas que nos pasaron que quedaron en mí para siempre. El horario escolar, turno completo, con un lapso de tiempo suficiente para ir a casa a almorzar y retornar por la tarde a clase.

Al inicio de la jornada escolar rezábamos un poco. Si te sorprendían no haciéndolo podías ser castigado, había que rezar y mostrar respeto. Y luego venían las clases de los temas de lenguaje y matemáticas. Después historia, geografía y de formación moral y cívica. Por la tarde era distinto, dibujábamos, practicábamos la caligrafía, el canto, los trabajos manuales o los rudimentos de agricultura en el huerto escolar. Algunos viernes aparecía en los pasillos de la escuela algún fotógrafo para tomarnos la foto del recuerdo, con el mapa de Venezuela como fondo, el pelo engominado para la ocasión y con la pose acostumbrada, mientras mirábamos fijamente y sin parpadear al fotógrafo de marras.

A veces, en el transcurrir de las horas de un tiempo monótono y vacío que se iba rellenando con muchas actividades para sobrevivirlo, la escuela se nos presentaba como una cosa que estaba ahí, fija, congelada, sin pasado ni futuro, el hoy lo cundía todo. Sin embargo, la realidad era otra, ella sí tenía pasado, si tenía una historia que podía ser narrada, y que le permitía asomarse a un porvenir. Por ella, por esa casa, a veces muy grande y otras tantas muy pequeña y estrecha, según se le mirase, había pasado gente que al final contaba una historia diferente de ella, de su paso por ella. De cómo la había vivido, de cuáles experiencias tuvo que le habían dejado huella. Ella es, diríamos hoy, como la recuerdan quienes la han habitado en el tiempo, con sus tiempos propios.

Se me ocurre ahora, que realicemos juntos un ejercicio de narrar lo vivido en ella, lo que nos pasó. Comencemos por recopilar fotografías de la época que vivimos en sus cuatro paredes. Desempolvemos nuestros álbumes para hurgar en el pasado a través de ellos. A continuación, seleccionemos algunas fotos, comencemos por mirarlas, eso sí con mucha atención tratando de ver más allá de lo obvio, de lo que muestran a simple vista. Busquemos en ellas: la forma, el momento y el lugar donde la fotografía fue tomada. Debemos observar los objetos, las personas, el ambiente o paisaje, observar la situación, la edad posible de los retratados, si la foto era espontánea o se estaba posando. Preguntémonos: cómo estábamos vestidos, qué estábamos haciendo. Sobre cómo y por qué fueron tomadas. Podemos analizar: ¿En qué época, en cuál fecha aproximada puede haber sido sacada esta o aquella foto? ¿Dónde la sacaron? ¿Cómo? ¿Quién la habrá solicitado? Toda esta información nos permitirá quizás conocer más del momento, la vida y las circunstancias de las personas que están en las fotografías, es decir, nosotros mismos y nuestros maestros, y, quizás, nuestros

padres, y, muy especialmente, nuestros condiscípulos. Y también, descubrir cosas que no se ven a simple vista. Para eso, además de "mirar" lo que la foto muestra en detalle, deberíamos intentar deducir y hacer conjeturas sobre lo que no vemos, sobre cómo hemos continuado nuestras historias y también esas personas que están en las fotos, esas personas, que al igual que nosotros, fueron retratadas en un momento único, en un momento de sus existencias. A continuación atrevámonos a narrar lo que nos pasó en esas fotos seleccionadas. Y seguramente el tiempo para nosotros comenzará a tener otro sentido.



Hay cosas del pasado que ya no existen, como bien usted sabe mí estimada señora. Comentó el profesor como dirigiéndose a alguien ausente. A un alguien que sabía bien que no estaba de cuerpo presente... ¿Qué útiles escolares se usaban antes? ¿Cómo se vestían los estudiantes? ¿Cómo era el peinado de la maestra? ¿Qué asignaturas había? ¿Cuántos años se cursaban? ¿Cómo se debían comportar en clase los estudiantes? ¿Cómo los trataban las maestras y los maestros? ¿Cómo trataban ellos a los maestros? ¿La escuela tenía el mismo aspecto que ahora? ¿A qué se jugaba en los recreos? ¿Qué se comía? El aula, en la escuela de ayer, era muy importante. Y, en menor o mayor medida, sigue siéndolo en la de hoy. Era una sala grande de amplias ventanas muchas de ellas, otras eran pequeñas y poco alumbradas. Dominando el conjunto, en la pared a la que se orientaban todos los alumnos, aparecía el crucifijo, junto con el reloj y el pizarrón que una, otra, y tantas veces hablaba, nos hablaba y se enmudecía al final de la tarde, al lucir una vez más de verde, sin aquellas letras blancas que le permitían hablar y, a nosotros, hacernos hablar. En él, al inicio de clase, se escribía con tiza blanca la fecha del día, los temas, los ejercicios, las explicaciones, las muestras de caligrafía y las consignas religiosas y patrióticas... A su lado, sobre una tarima o estrado, y frente a los estudiantes, se hallaba la mesa del maestro. En sus cajones se guardaban los registros, las tizas, el sello, los cuadernos. En el resto del aula se ubicaban, en perfecta alineación, los pupitres de nosotros los estudiantes, el armario, donde se guardaban los materiales de enseñanza, especialmente los libros y la esfera; y en las paredes laterales, los mapas y las láminas. En otras aulas, las más pobres, casi no había nada, excepto el pizarrón y la mesa de la maestra... Si el aula era el lugar de la clase, el lugar del trabajo del estudiante era el pupitre. Asiento y mesa a la vez; servía de soporte para los útiles o materiales de escritura, y disponía de un compartimiento para los libros, las gruesas enciclopedias llenas de todos los temas, y los cuadernos, y una hendidura para colocar los lápices de grafito.

Al escuchar esta historia, podemos tener la impresión de que las cosas en la escuela de ayer pasaban así, y que en la de hoy son diferentes. Algo de eso hay, pero no tanto. Es verdad que antes los chamos y las chamas faltábamos menos a la escuela. Pero, eso no quiere decir que nosotros no queríamos dejar de asistir un día. En ese día, por ejemplo, uno mojaba un papel periódico y se lo ponía en la frente con la esperanza de resfriarse y así no ir clase. No se rían, por favor, es la verdad. Eso significaba jubilarse, hacerse la rata, aunque es posible que ahora haya alguna otra palabra para ésto, con el mismo significado.

El aula de ayer, y también la de hoy, además de representar en parte el tiempo de estudiar, creaba vínculos sociales entre los estudiantes, salpicados con una o más peleas y rivalidades entre los compañeros. No todo en ella era homogéneo, aunque se quisiera aparentar lo contrario.

≈

¡Qué dice usted señora! Me pide que me atreva a imaginar otra escuela, una escuela diferente, una escuela que sea como una obra de arte. Y miró alrededor de la sala escolar como si buscara otra vez a quién le había hablado... Considere usted semejante desafío, no olvide que las obras de arte son únicas y que permanecen siendo únicas, aun cuando cambian a los ojos de los que las miran, a los ojos que son atraídos por ellas a la verdad, que acontece en ella, y su tiempo. Además de ese juego de mostrar y ocultar el qué la constituye. Es muy difícil estimada señora, pero, aun así, podemos intentarlo. Y afirmó esto último convencido de que la mujer a quién se dirigía estaba ahí en algún lugar... Déjeme, déjeme pensar un momento para que pasemos luego a intentar responder al desafío, el que me ha planteado. El hombre de pelo entrecano y barba en forma de candado, respira profundo, se toca el cabello abundante, como si ello le ayudase a pensar. Y a continuación comienza a hablar pausadamente sobre el asunto que le ocupa.

Será una escuela en el tiempo, que podemos pintar y seguir pintando, el ahora pasado y el ahora presente, con la transparencia y la opacidad del claroscuro, los efectos de materia, y un cuidadoso trabajo minucioso en los detalles. Podemos partir de las historias creadas por las fotos de la escuela y de nosotros como escolares para abordarla como símbolo, a manera de un reconocimiento, o mejor, cual tablilla del recuerdo, la cual, dividida en dos mitades, propiciará el reconocimiento de la escuela de ayer y la de hoy, así como también de una vida escolar vivida en otro tiempo, que permita que lo pasado se vuelva presente y sea reconocido como válido y auténtico.

Será un cuadro mural, una escuela de un día en la vida de un estudiante en la escuela de otros tiempos, que nos hace viajar, al atraparnos, a la escuela de hoy y a imaginarnos la que vendrá. Nuestra escuela, nuestro propio tiempo. En la obra reflejaremos un día de clase. Las ropas usadas en la escuela de ayer, se trastocarán en los uniformes de hoy. Las primeras aparecen en blanco y negro, los segundos coloreados. Uno al entrar en el juego de la obra, en su verdad, terminará al final colocándole globos imaginarios para conversar con ella y desde ella. El dibujo ha sido y será de trazo firme, un buen dibujante sin duda, guió y guiará la mano. La maestra y el discípulo ocupan, ahora que los miro una vez más, el nivel central del cuadro. Líneas, formas, colores, luz hacen el resto. En el fondo, en una perspectiva bien lograda, aparece la escuela de ayer, los estudiantes salen de ella en perfectas filas. Ha sido posible gracias a una variación de encuadres y de juegos de luces y sombras que aparecen y desaparecen por momentos.

Podemos imaginar los bocetos con carboncillo, uno, otro, otro más hasta llegar a lo buscado, nada en la obra es definitivo, cerrado, concluido.

Entrecerramos nuestros ojos al ser atrapados por el cuadro. Así vemos los detalles que nos asaltan, que nos hacen pensar. Los colores primarios se ocultan con los secundarios, todo se mueve, las figuras protagonistas de la obra y todo el conjunto resbala sobre un caleidoscopio. Las tonalidades hacen de las suyas, la cálida, la fría, la clara, la oscura y vuelta otra vez, aquí el término medio es una constante, nada es definitivo, todo es ambiguo. El fondo luce húmedo o semihúmedo, parece no secarse nunca, pasamos ligeramente el índice por distintos lugares, pero no obtenemos ningún resto de pintura, aunque la superficie de la impresión de estar pegajosa.

Atravesamos las capas superpuestas de color, empezando por las zonas de luces y sombras y continuando con las grandes zonas de color. Avanzamos con paciencia, con disciplina y aplicación, y logramos alcanzar las capas de colores más intensas y profundas.

La escena del primer plano de la obra vuelve a aparecer, sus tonalidades son distintas, y los útiles escolares y el mobiliario del aula flota y rueda en movimiento cinético, dando la impresión de que son otros y a la vez los mismos.

La pintura de la obra vuelve otra vez, lo graso sobre lo magro es cuidadosamente usado para evitar que se resquebraje con el tiempo calendario. El tiempo toca la obra de otro modo, al igual que a nosotros atrapados en su juego, en juego simbólico del pasado al presente al reconocernos. Al mismo tiempo, las capas de pintura dan la impresión de lucir secas completamente, aun cuando cada capa de color se haya aplicado sobre la anterior aún fresca.

El lienzo vuelve a cantar, una vez más, mediante los toques y retoques de fino cuidado, de esmero. El discípulo pareciera que se inclinara un poco más sobre el libro que ha estado leyendo, mostrando un nivel mayor de concentración, de aplicación, de empeño. La maestra parece esbozar una sonrisa tímida de satisfacción. Es el acorde final de los tonos... Al final, terminamos alejándonos del cuadro, convertidos en espectadores y partes de él. Los colores vuelven a cambiar, los tonos, el primer plano, el fondo, la figura en perspectiva como si su autor volviera a pintarlo.

≈

El dispositivo escolar apuntaba a la implicación de quiénes hasta ella llegábamos, con la ilusión de permanecer en ella, de ser bien acogidos. Usted sabe muy a qué me refiero porque ha vivido ésto de algún modo... Sin embargo, la cosa no era tan de color de rosa, tenía sus más y sus menos. La maestra que nos recibía solía hacer preguntas no tan amables: ¿A qué vienes a la escuela?", "¿dónde piensa que está usted?" Para luego completar: "A la escuela se viene a estudiar" y "aquí no es su casa, no lo olviden". Y cerraba su perorata con una expresión de retórica memorizada: "Veré qué puedo hacer por ustedes".

Es un hecho que íbamos a la escuela, pero también es un hecho que no siempre teníamos ganas de ir, ya lo hemos dicho. En una palabra, no éramos santos, ni tampoco tontos. ¿Por qué digo ésto?, porque tenemos la costumbre de pensar que antes éramos santos, pero un poco tontos o lentos, mientras que las muchachas y los muchachos de ahora son una peste, pero inteligentes y rápidos. Es un gran mito que de mucho decirlo, se termina por creerlo. Sin embargo, las cosas no son así tan simples. Siempre los adultos de turno viven una cierta extrañeza respecto de la generación que le sigue. Entonces, aceptemos que íbamos a la escuela a pesar de no siempre querer ir, o de no ir siempre con las mismas ganas, a pesar de mentir a veces, de olvidar hacer las tareas, de no estudiar para los exámenes, y de copiarse en uno u otro examen, para pasar la asignatura a como diera lugar. ¿Y, por qué ésto es importante? porque existen unas ideas encontradas acerca de la escuela, una que cree en el funcionamiento ideal o normal de la escuela, es decir, que todo tiene que funcionar igual, al mismo tiempo y siempre. Mientras que la otra señala que la escuela de ayer era muy mala, y por eso hubo que cambiarla. Yo no creo en ninguna de las dos.

≈

El profesor mira una vez más alrededor de la sala de la escuela, y fija su mirada en uno de sus extremos seguro que allí estaba la mujer... El hombre, el profesor, bosteza sin disimulo, mantiene la mirada que supone que ella le dirige, y le sonríe un poco estúpidamente como si le manifestara resignado su disposición de continuar. Y, unos segundos después, se escucha una vez más la voz que pregunta.

—Ahora se insiste en la enseñanza por competencias, se dice que es muy buena... ¿Qué dice usted, supongo que está de acuerdo?

—No suponga nada, por favor... Competencias, saber hacer, resolver, aplicar algo... Eso es distinto de saber vivir, de saber pensar, de ser prudente, de amar lo que se hace, en este caso el estudio...

—Es una postura bastante diferente con respecto a las últimas tendencias en educación ¿las niega acaso? No me extrañaría...

—Sí, y no siento ninguna culpa por hacerlo... Mi manera de pensar la escuela es un poco distinta, aunque usted la vea como radicalmente diferente. Tengo más bien la idea de que lo importante no es tanto pensar cosas nuevas, sino volver a pensar algunas otras que aunque han crecido en años, continúan estando vigentes, porque mucho tienen que decírnos, y hacernos decir. La escuela de ayer no estaba mal, o no tan mal como se cree... A mí esta escuela nueva no me gusta mucho, más bien poco. Y eso sí me preocupa...

—Cambiemos un poco de tema para que no sienta que lo estoy confrontando con mis preguntas... En sus estudios y publicaciones habla de la relación entre la experiencia y la formación. ¿Cómo es esa relación? Y de nuevo se escucha la voz de mujer saliendo de las paredes del recinto escolar.

—La lectura y la escritura son experiencias para ser vividas plenamente en la escuela, para ser convertidas en experiencia, valga decir, en formación verdadera... Cómo puede entender uno a una maestra de preescolar que le diga a la mamá de uno de sus alumnos que él ya sabe leer... Cuando en verdad se está apenas abriendo al mundo de la lectura.

—Qué enseñar en la escuela, entonces. Cómo hacerlo, y hacerlo bien. Dijo la voz con sordina, con cierta ironía.

—Pues a ciencia cierta no lo sé. No soy una especie de enciclopedia británica que todo lo sabe... Los maestros, las maestras han inventado muchos métodos. Leer en voz alta, decir, lo estudiado de memoria, decirlo con las propias palabras. Leer buenas obras, buenos autores para aprender desde ellos a escribir. Se trata de lograr la atención, de mediar para propiciar la escucha. No puede haber diálogo sin escucha...

—¿Y del uso de las nuevas tecnologías, qué...? ¿Usarlas o no, qué dice usted? ... Esta vez se oyó la voz en la pared detrás del profesor, él ni siquiera intento girar verla, ya sabía que no estaba.

—¡Ay, qué pregunta tan escabrosa y difícil de responder! Ese es un asunto del maestro, de la maestra, que debe decidir con criterio pedagógico, no con criterio tecnológico y de adoración a las tecnologías, porque estaría frito y convertido en un burdo consumidor de novedades sin criterio... De todas formas, yo pienso que la escuela de ayer, de tan mala prensa, tenía ya todas las tecnologías que necesita una buena práctica de enseñanza: la misma sala de aula, la disposición de los pupitres, el pizarrón, la librería, la lectura, la escritura..., y especialmente la regulación de los silencios y de la voz por parte del profesor, la herramienta de la atención y el diálogo. Todas ellas siguen formando la caja de herramientas del docente, aunque a veces se olviden o menosprecien...

—¡Ay profesor, qué dice usted!... La disposición de los pupitres se ha ido cambiando, ahora, por ejemplo, no son fijos como antes... Qué le parece... Y esta vez se escuchó en la pared frente al profesor.

—Muy discutible... De hecho, se comenzó a hacer al compás de aquello que llamaron dinámica de grupos, tocarse, mirarse, sonreírse, quisieras no. Así lo ordenaba el ministerio de educación, que pretendía estar a la última moda... Durante siglos, la escuela fue un lugar de atención compartida, todo el mundo miraba al mismo sitio, al pizarrón por ejemplo. Con la novedad y la gracia de estar pensando diferente, imaginando cosas distintas... Ahí estaba el secreto del asunto. La escuela tiene que ver con la atención, con el pensamiento, con la

imaginación, no con mirarse a la cara los unos a los otros como en las salas de espera. Tampoco estaba mal la separación entre el profesor y los alumnos: el profesor no es igual, no ha dimitido de su posición, ni debería hacerlo, él tiene su responsabilidad ¿No le parece a usted?... En fin, qué más puedo decirle... No hubo respuesta alguna, la voz había desaparecido.



Unos minutos después, el hombre que hablaba se levantó de la silla de la escuela en la que había estado hablando e imaginando asuntos escolares. Las sombras cubrieron sus espaldas al abandonar el edificio por la salida principal, y la oscuridad de la noche fue ocultando la casa de la escuela del ayer. Él sintió que ese alguien con quién había estado hablando se había marchado también.

Al amanecer, el nuevo día, el cuadro pintado renovó sus colores, los nuevos estudiantes fueron llegando una vez más como siempre... Las nuevas miradas sobre el cuadro dieron otros significados, lo interpretaron distinto, lo hicieron volver hablar con otros ojos y en sus propios tiempos.

EE **ENsayo y error**. Nueva Etapa. Año XXVIII. N°. 56.

Caracas, 2019, pp. Revista de Educación y Ciencias Sociales.

Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez.